

## La Edad de Plata de la literatura hispanofilipina (1946-1987)

Isaac Donoso<sup>1</sup>

Recibido: 19 de julio de 2018 / Aceptado: 25 de julio de 2019

**Resumen.** El periodo comprendido entre la independencia de Filipinas el año de 1946 y la abolición de la oficialidad de la lengua española en la constitución de 1987 constituye un momento literario en el cual la producción filipina en español pasa de ser la literatura nacional del país a ser una más de las literaturas marginales de un archipiélago políglota. En este artículo tratamos de interpretar algunas claves que expliquen este devenir y, al mismo tiempo, ofrecer una visión unitaria de fenómenos y autores que destaquen como “Edad de Plata” un periodo complejo de la producción literaria de una república asiática que tenía el español como una de sus lenguas oficiales. **Palabras clave:** literatura filipina, lengua española, Tercera y Cuarta Repúblicas de Filipinas, Edad de Plata, Claro Recto.

### [en] The Silver Age of Hispano-Philippine literature (1946-1987)

**Abstract.** The period between the independence of the Philippines in 1946 and the abolition of the official status of the Spanish language in the 1987 constitution represents a literary moment in which Philippine production in Spanish moves from being the national literature to being one more of the marginal literatures of a polyglot archipelago. In this article we try to interpret some keys that explain this process and, at the same time, to offer a unitary vision of phenomena and authors that highlight as “Silver Age” a complex period of the literary production of an Asian republic that had Spanish as one of its official languages.

**Keywords:** Philippine literature, Spanish language, Third and Fourth Republics of the Philippines, Silver Age, Claro Recto.

**Sumario:** 1. Actividad hispánica en Filipinas durante el periodo de entreguerras; 2. Dilemas de una generación perdida; 3. Características generales de la literatura hispanofilipina desde 1946 a 1987; 4. Principales escritores filipinos en español durante la Tercera y Cuarta Repúblicas de Filipinas; 4.1. Autores de repercusión nacional; 4.1.1. Carlos P. Rómulo; 4.1.2. León María Guerrero; 4.1.3. José María Delgado; 4.2. Autores de limitada repercusión nacional; 4.2.1. Nilda Guerrero; 4.2.2. Francisco Zaragoza; 4.2.3. Emeterio Barcelón; 4.2.4. Fernando de la Concepción; 4.2.5. Federico Espino Licsi; 5. Conclusión.

**Cómo citar:** Donoso, I. (2020). La Edad de Plata de la literatura hispanofilipina (1946-1987), en *Dicenda. Estudios de Lengua y Literatura Españolas*, 38, pp. 119-137

### 1. Actividad hispánica en Filipinas durante el periodo de entreguerras

La literatura filipina en lengua española, o literatura hispanofilipina, constituye la tradición escrita más valiosa en el desarrollo de Filipinas como nación, pues forja el nacionalismo de autores fundacionales como José Rizal, José Palma, Apolinario Mabini o Epifanio de los Santos, entre una larga nómina de personalidades. Al mismo tiempo, constituye una parcela de las literaturas hispánicas ciertamente singular, la única y continuada tradición de escritura en español en Asia oriental. Existen todavía importantes lagunas para comprender las características, alcance y naturaleza del fenómeno, pues la crítica propiamente filipina que ha atendido esta literatura ha sido muy escasa en las últimas décadas, y de forma internacional ha sido una materia prácticamente desapercibida<sup>2</sup>. En la actualidad las cosas están cambiando rápidamente, y el alcance global de la lengua española está ayudando a la revalorización del objeto de estudio, tanto en el propio archipiélago como en el exterior.

El fenómeno, posiblemente por muchos de los motivos señalados por Florentino Rodao (2012), se deterioró de forma irreparable después de la Segunda Guerra Mundial. Lo cierto es que durante el periodo colonial norteamericano (1901-1946) los intelectuales filipinos emplearon la lengua española como arma de defensa cultural (Donoso, 2012b) tras la cruenta derrota militar de la guerra con Estados Unidos (1899-1901), en lo que se ha llamado la “Edad de Oro” de la literatura filipina. Fue una etapa de febril actividad escrita, con decenas de periódicos y publicaciones en español a lo largo de todo el archipiélago (rotativos firmados en Manila, Bacólod, Iloilo, Cebú, Vigan, Zamboanga...), y las actividades del Premio Zóbel (Brillantes, 2000), los casinos españoles (Donoso, 2015b) y la Academia

<sup>1</sup> Universidad de Alicante  
isaacdonoso@ua.es

<sup>2</sup> Para profundizar en detalles sobre la historiografía y crítica de la literatura hispanofilipina pueden verse nuestros trabajos: Donoso, 2010; 2012; 2013; 2014; 2015; 2019.

filipina de la lengua española (Cortés, 1965). Fue una época también en la que los vínculos con el mundo hispánico todavía no se habían roto (Luque, 2013; Ortuño, 2018), con numerosas embajadas culturales y visitas ilustres:

Personalidades del mundo hispánico en visita oficial a Filipinas

Año	Nombre	Actividad
1915	Salvador Rueda Santos	Poeta
1924	Vicente Blasco Ibáñez	Escritor
1924	Adolfo Bonilla San Martín	Polígrafo
1924	Gerardo Diego	Poeta
1925	Federico García Sanchiz	Conferenciante
1925	Eduardo González Gallarza y Joaquín Loriga	Aviadores
1929	Luis de Oteyza	Escritor
1929	Antonia Mercé “La Argentina”	Artista
1929	Miguel Fleta	Tenor
1929	Andrés Segovia	Guitarrista
1932	Fernando Rein Loring	Aviador
1935	Julio Palacios	Conferenciante

Después de este periodo, son pocas las actividades institucionales que tienen lugar como signo de vinculación filipina al mundo hispánico. Ni siquiera la larga estancia del poeta español Jaime Gil de Biedma en Manila tuvo gran trascendencia para el país (Dalmau, 2004; y Biedma, 2016), al menos algo similar al impacto que antaño se lograba con pocos días, incluso horas, de visita (como el caso de Blasco Ibáñez, que estuvo menos de veinticuatro horas en Manila; Hernández, 1924).

Quizá el acto institucional más relevante es la visita de Alberto Martín Artajo, ministro de asuntos exteriores de España y enviado especial de Francisco Franco, con la misión explícita de estrechar relaciones entre España y Filipinas. En el contexto de las complejas relaciones entre los dos países durante el siglo XX, la visita de Martín Artajo es un hito que relanza una política de “hermandad” (Cañellas, 2014) y que se produce como respuesta a la visita del presidente Elpidio Quirino a España en octubre de 1951, la primera de un presidente filipino como país independiente a la antigua metrópoli<sup>3</sup>.

Ciertamente Filipinas se vio condenada a sufrir, por parte de Estados Unidos, uno de los procesos de ingeniería cultural más agresivos jamás experimentados, con una sustitución lingüística que conllevaba la perpetuación de la diglosia y la dependencia colonial (Karnow, 1989; McMahon, 2011). No hay mejor frase que defina el proceso que la empleada por el principal autor filipino en lengua inglesa, Nick Joaquín: “*A people that had got as far as Baudelaire in one language was being returned to the ABC’s of another language*” (Joaquín, 2005: 170-171)<sup>4</sup>.

Al erradicar la voz del nacionalismo filipino, Estados Unidos se arrogaba la legitimidad de dar “civilización” a una nación que no la poseía (Kramer, 2006), cuando lo cierto es que Filipinas contaba con imprenta y universidad desde hacía tres siglos, bastantes años antes de que en las colonias británicas de Nueva Inglaterra hubiera nada parecido. En esta encrucijada, la literatura nacional filipina será la escrita en español, como arma de defensa intelectual ante el fracaso de la defensa militar y la derrota en la guerra filipina-norteamericana, en la cual murió prácticamente el diez por ciento de la población del archipiélago (Jones, 2012). He aquí que el periodo de mayor y mejor producción literaria filipina en lengua española se dará después de 1898, cuando los filipinos cuenten como única arma defensiva la cultura y la intelectualidad gestada a finales del siglo XIX:

English displaced both Spanish and the vernaculars as the primary symbolic system through which Filipinos represented themselves, that is, constituted themselves as colonial subjects with specific positions or functions in the given social order [...] English became the wedge that separated the Filipinos from their past and later was to separate educated Filipinos from the masses of their countrymen (San Juan, 1991: 96)<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> La Embajada de España preparó un número especial con todo lujo de detalles y fotografías sobre la visita: «Visita a Filipinas del Ministro de Asuntos Exteriores de España», *España. Boletín Informativo*, Manila, Embajada de España, febrero de 1953, núm. 50, 44 pp.

<sup>4</sup> En este punto se encuentra la problemática de la tradición hispánica en Filipinas: lo hispánico no hace referencia a lo español, sino que lo hispánico es base fundacional del nacionalismo filipino. Léanse las afirmaciones —posiblemente más agudas— realizadas por el principal autor filipino en lengua inglesa, Nicomedes Joaquín (Joaquín, 1989: 245).

<sup>5</sup> También valdría la cita: “But our distorted attitude to foreign languages is amply demonstrated in the cavalier attitude with which educators regarded and finally got rid of required Spanish learning. Part of the prejudice against Spanish is, of course, due to the great American-induced prejudice against the Spanish part of our history. But the prejudice has been counterproductive because illiteracy in Spanish has disabled millions of Filipinos from reading into the archives of their past as well as linking with Spanish-using countries at the present without American English intervention” (Tinio, 1990: 96).

El fenómeno de sustitución lingüística parecía acelerarse durante el periodo de la Mancomunidad de Filipinas (1935-46), pero el español siguió siendo lengua principal y nacional de la cultura. Una obra en español, *Mi casa de nipa*, recibió el principal galardón literario filipino en 1940, el «Premio de la Mancomunidad»:

El libro de poesías no sólo del ‘Período de Oro’ sino de toda la literatura Filipinohispana es ‘Casa de Nipa’ del poeta Jesús Balmori [...] Sus poesías eran un milagro de valores cromáticos y musicales que deslumbraron por igual a propios y extraños. Era el único poeta que derrotó a muchos de sus colegas en innumerables certámenes literarios con razón o sin ella (Alinea, 1964: 8).

La Segunda Guerra Mundial supuso un punto de no retorno para la cultura hispánica en el archipiélago, y lo supuso, entre otras cosas, por un cambio operado en el paisaje humano drástico e irreversible: la aniquilación de miles de personas durante el conflicto militar, la destrucción del patrimonio material, y el escenario de dependencia postcolonial (López de Olaguer, 1947; Agoncillo, 2001). La Filipinas posterior a 1945 era un país independiente pero destruido, que debía enfrentarse a un destino incierto como Estado, ante el crecimiento del comunismo en la región y la acción del capitalista occidental (Gleeck, 1993). Los pocos autores que quedaban de la antigua generación, como Zoilo Hilario, ya preparaban la nueva lucha cultural que tendría lugar en la «Tercera República de Filipinas»:

El trovador indígena que hoy canta,  
al usarte, su honrado españolismo  
ningún precepto —a su juicio— quebranta  
del código eternal del patriotismo,  
pues aquí tú eres de raigambre tanta.

Con seculares vínculos unido  
te tiene a su cultura, fe e historia  
este país recién manumitido.  
¡Cómo, pues, sin mermar su propia gloria  
te habrá de sepultar en el olvido!

Quien te creó cual cisne pereciente  
en este país que lucha y avanza  
se habrá de extrañar cuando, al exigente  
reclamo del Progreso, más pujanza  
cobres en la República de Oriente.

(Hilario, 1986: 33)

## 2. Dilemas de una generación perdida

Lo cierto es que después de 1945 no todo desapareció. La convención constitucional de 1935 decretaba, en español, que la lengua española iría progresivamente desapareciendo a medida que se conformara una lengua nacional con base en el tagalo, llamada *wikang pambansa*. Sin embargo, poca planificación había en la política lingüística filipina, y el desarrollo fue más próximo al *laissez faire*. Por lo cual el aspirado bilingüismo acabó siendo diglosia (Rafael, 2000), el inglés se impuso, el *pilipino* fue un proyecto fallido, y el español fue abandonado a su suerte.

No obstante, a través del asociacionismo y el activismo cultural, con publicación de obras y celebración de congresos, con una nómina de autores muy conscientes de la situación que les había tocado vivir (conscientes de que muchos de ellos serían olvidados en el futuro), se produjo un fenómeno que prácticamente no ha sido registrado por la historia. Y así parece haber sido, incluso para los pocos críticos que se han ocupado de la literatura hispanofilipina después de 1946; la consigna parece ser: después de la “Edad de Oro”, la literatura en español desaparece o se vuelve completamente irrelevante. Muchos de los hijos (anglohablantes) de la antigua generación (hispanohablante) así lo entendieron, y se dedicaron a escribir en inglés, en lo que hemos llamado complejo cultural de Edipo (Donoso, 2012b). Pero otros no, otros se mantuvieron escribiendo en español, una literatura a la deriva, que había perdido el rumbo estético, una literatura muchas veces miscelánea, nostálgica de la forma clásica y que buscaba por todos los medios recuperar la expresión de los grandes estadistas filipinos.

Estanislao Alinea, en su *Historia analítica de la literatura filipinohispana*, sorprende por la valentía de sus afirmaciones, señalando claramente como una de las causas de la decadencia literaria: “la *desidia* de muchos escritores en español en abandonar este lenguaje y en abrazar la causa del inglés” (Alinea, 1964: 129), y el hecho de que “era a todas luces imposible para el idioma español encontrar punto de apoyo que le sirviese de peldaño para llegar a la superficie desde el fondo del abismo donde yacía olvidado y ¡abandonado por los que estaban más llamados a salvarlo!” (Alinea, 1964: 131). Sorprende también por renunciar a la descripción *catastrofista* y establecer un mínimo “periodo de decadencia”, durante la Segunda Guerra Mundial (1942-45), que da paso al “pe-

riodo de resurgimiento”. Por consiguiente, Alinea no habla de decadencia literaria, de una literatura en extinción. Al contrario, ofrece largas listas de escritores y nombres, como hace también Mariñas en *La literatura filipina en castellano* diez años después:

Siguen siendo muy numerosos los cultivadores literarios del castellano, sobre todo en proporción al número decreciente de los que continúan fieles al idioma en Filipinas; son numerosos los ensayistas, periodistas y, sobre todo, poetas que mantienen viva la llama de las letras en castellano en los escasos medios de difusión de este lenguaje en Filipinas (Mariñas, 1974: 73).

Sin embargo, pese al elevado número de autores que siguen escribiendo, y el evidente resurgimiento de prensa, obras y asociaciones en pro del idioma español, tanto Alinea como Mariñas veían sombras. Alinea señalaba la desidia y la cada vez mayor sustitución lingüística, aunque analizaba el fenómeno desde una perspectiva constructiva y positiva: existe un resurgimiento literario. Por el contrario, Mariñas realiza otra lectura de la situación. El diplomático considera sin rodeos que los autores filipinos que escriben en español son entusiastas y aficionados, ajenos a la realidad filipina y, además, son excesivamente conservadores en lo doctrinal. Llega a decir que el escritor hispanofilipino “es un escritor que pudiéramos llamar *de derechas*” (Mariñas, 1974: 72). Lo cierto es que, siguiendo el hilo de su argumentación, no cabe otro futuro para el escritor filipino de valía que prescindir del español y escribir en inglés:

Algunos de los escritores procedentes de la generación anterior, que en su juventud escribió en castellano, por imperativos del medio, para mejor difusión de su obra en el público y para obtener impacto político, han tenido que recurrir al inglés como medio normal de expresión literaria, no obstante su perfecto conocimiento del castellano; tal ocurrió con Recto, cuyos últimos discursos pronunció normalmente en inglés, o con el general Carlos Rómulo, el conocido diplomático, intelectual y periodista, hoy miembro de la Academia Filipina. Por ello la mayoría de los cultivadores son, hoy por hoy, aficionados en su labor, combativos en su estilo, entusiastas y, casi siempre, con el sentimiento de encontrarse a la defensiva ante los avances del inglés y del tagalo (Mariñas, 1974: 73).

Sin duda Rómulo, y otros personajes —como después veremos— sustituyeron el español por el inglés para poder progresar en sus carreras profesionales y políticas. Pero no es, de ninguna forma, el caso de Recto, a pesar de que también escribiera, en esta época, algunos textos en inglés. Tampoco parece una afirmación afortunada el señalar la valía de los escritores que deciden sustituir el idioma y escribir en inglés, como signo del progreso cultural, frente a unos escritores —fieles a la escritura en español— descritos como entusiastas en la forma y conservadores en el contenido. La consecuencia lógica de esta afirmación proveniente de un diplomático español es, cuando menos, el desprestigio público del escritor filipino en español.

Para la escasa crítica que se ocuparía ya del fenómeno, la periodización estaba resuelta en términos darwinianos: después de la primera época revolucionaria, seguía la “Edad de Oro” de la literatura filipina en español y, con la muerte de los grandes autores tras 1946, comenzaba la época de decadencia que concluía irremediabilmente en la extinción. Sólo quedaba cantar el *De profundis*, a lo sumo, la conciencia de estar recogiendo los restos de un naufragio. Todo lo cual determinará una posición condescendiente que elevará la elegía a ser argumento capital, tan capital que, a partir de la obra de Mariñas, la crítica dejará de operar, y buscará emitir el certificado de defunción cuanto más pronto mejor<sup>6</sup>.

La constitución aprobada en 1987 por Corazón Aquino, en la que el español, después de 416 años, deja de ser lengua oficial del archipiélago filipino, parece refrendar una situación admitida, no sólo a nivel interno, sino también en el concierto internacional. Una buena nómina de profesores de español quedó sin trabajo, las publicaciones y editoriales dejaron de editar en español, y los pocos autores que seguían escribiendo quedaron condenados al ostracismo.

Parece por lo tanto necesario trazar un *continuum* en todo este desarrollo literario y tratar de paliar, aun de forma eventual, las varias lagunas que todavía hacen difícil entender las Letras Filipinas como un todo. Y uno de los periodos todavía precariamente atendidos es la producción filipina en español desde 1946 a 1987, momento posiblemente definitivo en el que la continuidad natural de los procesos artísticos se ve fracturada. De ser la principal literatura nacional en 1940, como hemos visto con la obra de Jesús Balmori, la literatura filipina en español pasa a ser, no muchos años después, una más de las numerosas literaturas marginales filipinas.

En efecto, la literatura hispanofilipina es hoy una literatura marginal, seguramente en semejante estatus con muchas de las literaturas en lenguas vernáculas, relegadas del canon nacional por el inglés (pues lo cierto es que ni siquiera la creación en filipino alcanza gran predicamento en el país). Igualmente, no existe prácticamente creación y difusión de las literaturas de las principales lenguas vernáculas filipinas (bisaya, ilocano, bicolano, pampangueño, pangasinense, hiligaynon y waray), y muchas veces ni siquiera textos regulares en el resto de las lenguas filipinas (tausug, maguindanao, maranao, chabacano, kankanai, aklanon, ibatán, sama, etc.). Por consiguiente, no se trata de que la literatura filipina en español haya muerto, sino que ha desaparecido su influencia en el canon nacional, para

<sup>6</sup> Es significativa la actitud de Dámaso Alonso respecto a la Academia filipina. Pueden verse detalles en Donoso y Gallo (2011: 30-35).

pasar a constituir otra isla más en el mundo literario filipino junto a las innumerables literaturas regionales de un archipiélago políglota. El profesor Wytan de la Peña señala una de las tareas necesarias en la reconstrucción crítica:

Lo que es necesario es una lectura “archipelágica” —para usar una metáfora de la geografía del país— donde las diferentes literaturas filipinas, la escrita en español incluida, sean leídas como parte de un gran corpus conectado con una historia común, aunque articulado en diferentes lenguas (Peña, 2009: 79).

Por otro lado, la idea de una sucesión literaria calificada según los metales del medallero no es, seguramente, la mejor de las opciones. Indica de forma manifiesta una gradación en el escalafón que inmediatamente remite a un juicio de valor. No obstante, el concepto de “Edad de Oro”, “Siglo de Oro”, o “Literatura de Oro”, ha gozado de un éxito evidente en la historiografía literaria hispánica, sobre todo en su aplicación a ese momento literario entre el Renacimiento y el Barroco que vio nacer a los principales autores que consagraron la lengua española. Seguramente por ello, y por aunar tendencias estéticas de muy diferente naturaleza, José Carlos Mainer empleó el concepto de “Edad de Plata” referido a la literatura peninsular finisecular y de comienzos del siglo XX, que giraba en torno al Modernismo y la Generación del 98. No obstante, él mismo era consciente de las limitaciones del término:

Mantengo el título *La Edad de Plata* —ahora, 1902-1939—, pese a su inadecuación. Es hecho conocido y que ya sopesé entonces que las edades argénteas son cosa distinta de lo que aquí se pretende predicar del primer tercio de nuestro siglo XX. Pero no era ni es cosa de enredarse en disputas de metalisteria emblemática y sí de dejar cual estaba un título que no inventé yo, pero que parece ir haciendo fortuna (Mainer, 1987: 15-16).

Para nuestro interés, creemos que el concepto “Edad de Plata”, aplicado a la literatura filipina de la Tercera y Cuarta Repúblicas, no siendo quizá el más acertado, hace al menos justicia, de momento, a sus actores, pues los sitúa en el mapa literario, en la historia de una literatura que no se ha escrito, y recupera todo un periodo literario, no como decadente, sino como esplendoroso, sino dorado, al menos argentado. Y creemos que de momento es un concepto que puede ser operativo, hasta que historiográficamente se haya recompuesto y restituido la vida, obra y valor de los principales autores de este periodo con herramientas filológicas y críticas. Y en fin, creemos que puede llamarse “Edad de Plata” por existir autores de un valor singular, órganos de difusión, asociaciones culturales, y una actividad de reivindicación y agitación cultural visible, entendiendo el contexto de la época, que en conjunto ofrecen un panorama notable en un joven país, Filipinas, donde el español seguía siendo lengua oficial.

### 3. Características generales de la literatura hispanofilipina desde 1946 a 1987

Durante el periodo en el que tienen lugar la Tercera República (1946-72)<sup>7</sup> y la Cuarta República (1972-87)<sup>8</sup> de Filipinas, el español es lengua oficial del Estado, en cooficialidad junto a la lengua nacional (*wikang pambansa*) y el inglés. Todos los filipinos están obligados a seguir un número de asignaturas formativas en lengua española, y a estudiar los clásicos de la literatura filipina en español. De ahí la importancia a nivel estatal de la CONAPE (*Confederación Nacional de Profesores de Español*). Como materia lectiva, proliferan las obras y manuales de enseñanza del español y las antologías literarias<sup>9</sup>. Siguen existiendo periódicos en español de tirada nacional, como *Voz de Manila*, *La Opinión* o *El Debate*, y se fundan nuevos rotativos: *Semana*, *El Maestro*, *Nueva Era* y *Nuevo Horizonte*. Igualmente se fundan instituciones de alcance nacional, con la capacidad de organizar eventos a los que acuden presidentes, o tener entre sus miembros a reputados prohombres del país, como la «Solidaridad Filipino-Hispana». La Academia filipina de la lengua española, y el Premio Zóbel siguen operando y funcionando con relativa normalidad. En la esfera internacional, el gobierno español ofrece numerosas becas a los estudiantes filipinos para que se formen en España como docentes de castellano, y el mundo hispanohablante, a través de la «Oficina de Educación Iberoamericana», lidera una campaña de reivindicación del español en Filipinas, sufragando la publicación de valiosas obras (Barón de Castro, 1965; Quilis, 1972).

En cuanto al aspecto literario, se puede hablar de una cierta continuidad histórico-estética, al menos inicialmente, con cariz claramente conservador. Los autores no tratan tanto de innovar o experimentar con ten-

<sup>7</sup> Presidencias: Roxas (1946-48); Quirino (1948-53); Magsaysay (1953-57); García (1957-61); Macapagal (1961-65); y Marcos (1965-72).

<sup>8</sup> Desde la declaración de la ley marcial por Ferdinand Marcos en 1972 hasta la revolución de Edsa en febrero de 1986.

<sup>9</sup> Por ejemplo, las ediciones de *Por la Patria. Discursos de Malolos y Poesías Filipinas en Español*, Manila, Departamento de Educación, 1ª ed., 1959 (119 pp.), 3ª ed. revisada y aumentada 1963 (228 pp.). El prolífico escritor Remigio S. Jocson publicó coetáneamente su propia antología con vocabulario y notas (en competencia con la oficial del Departamento de Educación que no contenía más que textos, fotos y escuetas biografías): *Florilegio Hispanofilipino (con los Discursos de Malolos)*, Manila, Manlapaz, 1961. A partir de aquí señalamos varios de los numerosísimos libros de texto, aparecidos en estas décadas, que trataban más directamente sobre la literatura filipina en español: R. S. Jocson, *Practical Exercises in Spanish*, Quezon City, Mamlapaz Publishing, 1965; Rosa Reyes Soriano, *Cultura hispano-filipina: Breve historia de la literatura hispanofilipina*, Manila, Nueva Era Press, 1965; *Héroes filipinos y escritores filipinos en castellano*, Iloilo, Universidad de San Agustín, 1968; *Llamas de nacionalismo. A textbook for Spanish 4-N consisting of selected patriotic topics to enhance totally our love for country and encourage appreciation of its culture and traditions*, Quezon City, Reliable Publishing House, 1978; Edmundo Farolán, *Literatura filipino-hispana: una breve antología*, [s.l.], [s.n.], 1980; Mariano Marzán Balmadres, *Aula de la Fama (Hall of Fame)*, La Trinidad, Solid Offset Press, 1983; Guillermo Gómez Rivera et al., *La literatura filipina y su relación al nacionalismo filipino. Texto para español*, Manila, [s.n.], 1984.

dencias vanguardistas, como de afianzar unos valores y modelos heredados. De ahí que se pueda hablar de neoclasicismo, postmodernismo o neorromanticismo. Se lee a los autores clásicos filipinos, a los románticos españoles y a los modernistas americanos. Poco llega de la literatura coetánea, y sobre todo la consigna es reflexionar sobre la identidad filipina, las profundas transformaciones que el país está experimentando, y el problema lingüístico. Se desarrolla sin duda el ensayo, y la búsqueda identitaria a través de la poesía. También tiene un desarrollo inusitado el teatro y la escenificación en español, con la creación de la compañía «Nuevo Teatro Fil-Hispánico»<sup>10</sup>.

Sin embargo, la novela, el gran género moderno, tiene escaso o nulo predicamento, quizá porque no se insiste tanto en la ficción, como en la comprensión de la realidad. Pueden contarse algunas publicadas por entregas de Enrique Centenera y, sobre todo, *La vida secreta de Daniel Espeña* (1960), de Antonio Abad. Por otro lado, durante el periodo se difunden dos historias generales de Filipinas completamente en lengua española, la de Rafael Palma (publicada por la Universidad de Filipinas en 1968-72 en dos volúmenes en edición facsímil, aunque mecanoscrita mucho antes) y la de Antonio Molina (1984, también en dos volúmenes en edición del Instituto de Cooperación Iberoamericana). Por último, en cuanto a la temática de las obras, destaca, junto a los diferentes análisis y reflexiones de la identidad filipina, el tema de España, y las referencias cada vez más insistentes al quijotismo. Claro Mayo Recto será, seguramente, el icono más idolatrado por los autores de este periodo, como literato, político y adalid de una cruzada internacional por el reconocimiento de Filipinas en el concierto de las naciones avanzadas, y su participación como país hispanico. Más que José Rizal —que ya quedaba muy lejos en una Filipinas independiente—, Recto es el gran baluarte intelectual de esta Edad de Plata:

No es, ciertamente, por motivos sentimentales o por deferencia a la gran nación española que dio a medio mundo su religión, su lenguaje y su cultura, que profesamos devoción a este idioma y mostramos firme empeño en conservarlo y propagarlo, sino por egoísmo nacional y por imperativos del patriotismo, porque el español es ya cosa nuestra, propia, sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne, porque así lo quisieron nuestros mártires, héroes y estadistas del pasado, y sin él será trunco el inventario de nuestro patrimonio cultural; porque si bien es verdad que la Revolución y la República de Malolos y la presente República fueron obra del pueblo, también lo es que los que las prepararon y encauzaron eran intelectuales que escribieron en castellano sus libros, sus discursos, sus panfletos, y sus ensayos, para realzar obra de doctrina y labor de propaganda; porque sería trágico que llegase el día que para leer a Rizal, a del Pilar, a Mabini, a Adriático, a Palma, a Arellano, a Mapa y a Osmeña, los filipinos tuviéramos que hacerlo a través de traducciones bastardas; en fin, porque el español es una tradición patria que si tiene raíces en nuestra historia también las tiene en las entrañas de nuestra alma (Recto, 1990: 725-726).

#### 4. Principales escritores filipinos en español durante la Tercera y Cuarta Repúblicas de Filipinas

Hemos insistido en subrayar la continuidad histórica y el valor cultural de la literatura escrita en español en Filipinas desde 1946 a 1987, como periodo que ofrece importantes logros que no han sido quizá completamente valorados. Al mismo tiempo hemos indicado que, si el periodo ha sido obviado y considerado coda de una irremediable extinción, esta estimación responde sobre todo al hecho de haber sido esta literatura desplazada de la esfera nacional, pasando de ser la gran literatura filipina, a una más de las numerosas literaturas marginales que existen en un archipiélago de siete mil islas. Consecuentemente, creemos que es relevante hacer una primera clasificación de los autores de este periodo, entre aquéllos que han tenido y tienen repercusión para la cultura nacional, y aquéllos cuya obra tuvo un alcance más restringido en el desarrollo literario del país. Esta división nos permitirá discernir algunos motivos internos que explican la actitud filipina ante la cuestión hispánica, y cómo se fue resolviendo en el ámbito nacional hasta ser un aspecto soslayable del debate cultural.

##### 4.1. Autores de repercusión nacional

###### 4.1.1. Carlos P. Rómulo

Carlos Rómulo Peña nació el 14 de enero de 1899 en la población de Camiling, provincia de Tarlac, y murió el 15 de diciembre de 1985 en Manila, a la edad de 86 años. Una de las personalidades más protervas de la Filipinas postbélica, y seguramente del mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial, Carlos Rómulo llegará a ser Presidente de la Asamblea General de Naciones Unidas. Fue él quien, al paso de MacArthur, desembarcó en las costas de Leyte para “liberar” Filipinas de la invasión japonesa. Sin duda personaje de primer orden en el concierto asiático, destaca también como ensayista y literato en inglés y español: *I Saw the Fall of The Philippines* (1942; versión española: *Yo*

<sup>10</sup> Durante los años ochenta y noventa se pusieron en escena obras de Alfonso Paso, Julio Mathias o Alejandro Casona, con la participación de Rom Kristoff, Jesús Armas o Luis Cuesta entre sus actores. En cuanto nos sea posible daremos noticia de esta singular compañía, en memoria de Luis Cuesta, que nos ofreció una impagable amistad en los últimos años de su vida.

vi la caída de Filipinas, traducción de José del Río Sainz, Madrid, Atlas, 1945); *My Brother Americans* (1945); *The United: A Novel* (1951); o *I Walked with Heroes* (1961), entre otras obras.

En cuanto a su producción escrita directamente en castellano, la obra más destacable se publicó en España en forma de discurso: *Filipinas y la cultura española. Conferencia pronunciada en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid el día 10 de noviembre de 1966 por el Excmo. Sr. don Carlos P. Rómulo, Ministro de Educación de Filipinas, y palabras pronunciadas en dicho acto por el Excmo. Sr. don Luis Rosales Camacho, de la Real Academia Española*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1966. Rómulo, personaje que sin duda triunfó en la esfera internacional debido al inglés, señala cómo el español está dejando de ser útil para los filipinos:

Es verdad que hoy existe una ley que exige 24 unidades de español a ciertas carreras. Cada unidad representa una hora que, multiplicada por 24, en cuatro años, a cien cada uno, representan doscientas cuarenta horas en la vida del estudiante. Pero el conocimiento de una materia no se logra con una imposición que va contra el ambiente. Y el ambiente de mi patria es, en los momentos actuales, favorable al inglés. Por eso crece el público que compra sólo libros en inglés mientras disminuye el que compra sólo en español. Es inútil discutir este asunto. La cuestión es cómo poner remedio a este mal, porque mal es renunciar a una cultura ganada a costa de tantas penalidades, de tantos sacrificios, de tantas lágrimas (Rómulo, 1966: 9-10).

Rómulo es un filipino educado en los valores más acendrados de la cultura de su país, sin duda es hispanohablante y conoce bien la literatura hispanofilipina. Sin embargo, su extraordinaria carrera política la ha hecho gracias al inglés, y pertenece a una generación consciente de que será juzgada por su pertenencia al mundo capitalista de postguerra, y la obligada alianza postcolonial con Estados Unidos. No obstante, reconoce el sacrificio cultural que esa pertenencia al modelo democrático y capitalista norteamericano va a suponer para la cultura filipina:

Se destruye un templo, se desmocha una muralla, una calle vieja es entregada al fuego, la polilla, y el anay y la humedad consumen miles de libros y miles de documentos de nuestra historia, y ni siquiera tenemos tiempo de encogernos de hombros. Pero peor aún que esta indiferencia, es nuestro empeño de borrar la luminosa huella que el español ha dejado en las páginas de nuestra historia ¿Por qué? ¿Acaso no ha contribuido el español a la riqueza de nuestra propia cultura lingüística? Hablad tagalo, hablad bisaya o ilokano, y decidme si podéis completar vuestro pensamiento sin la ayuda del español (Rómulo, 1965: 20).

Los discursos de Rómulo, brillantes y siempre enjundiosos, están todavía dispersos, y merecerían un estudio en profundidad, por la excepcional repercusión de quien los pronunció. Sin embargo, empleó el español más como una estrategia para ganarse amistades internacionales en su carrera política, que para reflexionar sobre el desarrollo interno de su país. Era un momento en el que, para quien quisiera progresar en el archipiélago, era imprescindible el uso del inglés, mientras que el español comenzaba a ser prescindible. No obstante, tuvo el valor intelectual de dejar al menos algunas valiosas reflexiones escritas, pese a que hubiera sido deseable que su producción hispánica fuera más prolija. Esas lagunas menoscaban el brío de sus afirmaciones, por ejemplo, en su conclusión lapidaria en la que señala que “*aún queda un puñado de cultores del Arte, la Literatura y la Ciencia de España*”. La ambivalencia de Rómulo es manifiesta, “*sería una tragedia prescindir del castellano*”, pero comienza a cantar el *De profundis*:

Después de la Guerra del Pacífico se produjo un silencio completo o casi completo del cultivo del español. La ocupación japonesa no encontró utilidad alguna a la cultura española. Fue la guerra como un gigantesco telón que caía sobre el público cultivador de lo español y lo aislaba de la escena. Aún queda un puñado de cultores del Arte, la Literatura y la Ciencia de España [...] Necesitamos de todo esto, no para resucitar un pasado que la Historia declaró caducado, sino para colocarlos en el sitio que os corresponde en la mentalidad filipina, para inspirarnos en el camino que recorreremos hacia el progreso, para convencernos de que si nuestro pasado fue glorioso, lo fue porque fue gloriosa la Madre que nos amamantó (Rómulo, 1966: 13-14).

Rómulo concluye su discurso frente al auditorio español, instando a España a conocer más y mejor la realidad filipina, argumento exculpatorio que no asume las responsabilidades filipinas, en este caso las máximas, siendo Carlos Rómulo en ese momento ministro de educación de Filipinas y presidente de la Universidad de Filipinas. Para su descargo, la respuesta que le dio en ese momento histórico el poeta granadino Luis Rosales deja en evidencia el absoluto desconocimiento español sobre Filipinas, y sonroja su ejercicio de buenas palabras, y la cita de un soneto de Dámaso Alonso. Ambos oradores exhortan al conocimiento mutuo, revelando el alejamiento que ya comenzaba a ser inexorable.

#### 4.1.2. León María Guerrero

León María Ignacio Agapito Guerrero Francisco, o León María Guerrero III, desde su abuelo de igual nombre, quien fuera farmacéutico y revolucionario filipino, nació el 24 de marzo de 1915 en el barrio manileño de Ermita, y falleció el 24 de junio de 1982. Era hermano de la también escritora Carmen Guerrero Nakpil.

El caso de León María Guerrero es bastante similar al de Carlos Rómulo. Perteneciente a una de las familias con mayor abolengo cultural del país, los Guerrero de Ermita, sustituye la lengua familiar, el castellano, por la lengua que ha aprendido en la escuela, el inglés, la lengua que le permite hacer carrera en la Filipinas de postguerra. Como demuestran los casos de Evangelina Guerrero o Nilda Guerrero, escritoras de la misma familia, pero cuya opción lingüística fue el español, seguir empleando la lengua de los padres condenaba al escritor a ser incomprendido por parte de la juventud filipina.

La opción, si se quería progresar y ser alguien en el país después de 1946, era la lengua inglesa. Como Rómulo, Guerrero entendió perfectamente el nuevo escenario, pero a diferencia de Wilfredo Guerrero, de José García Villa, o incluso de Nick Joaquín (autores que, siendo hispanohablantes, nunca compusieron en español), León María no tuvo reparos en ser autor bilingüe. No les debía nada a los americanos, ni sufría ningún complejo, por lo que su prosa muestra la innegable dignidad de los antiguos prohombres y revolucionarios filipinos:

Expulsado el Japón de Filipinas en 1945, se ‘concede’ por fin la ansiada independencia y se establece la tercera República filipina en 1946. La fecha la fijó el Congreso de los EE. UU. en el 4 de julio, la de su propia declaración de independencia de la Corona Británica. Así se excluía definitivamente a España. Uno que no conociera la historia de Filipinas, muy bien pudiera imaginarse que España nunca había estado o hecho nada allá [...] Hay que reconocer que una nación se hace a sí misma; nadie le puede enseñar a nadie a ser nación; la nación se descubre a sí misma en el justo momento histórico, y así lo hizo Filipinas el 12 de junio de 1898, pese al Alto Comisionado norteamericano, quien el 4 de julio de 1946 anunció con sobrada satisfacción propia que “había nacido una nación”. Esa nación había nacido mucho, muchísimo antes, y había nacido de España (Guerrero, 1963: 11-12).

Entre los numerosos cargos que llegó a ocupar en la administración filipina, León Guerrero fue también embajador de Filipinas en España durante algunos años. Escribió, por lo demás, numerosas obras en lengua inglesa, entre otras: *Twilight in Tokio* (1946); *Passion and Death of the USAFE* (1947); *Alternatives for Asians* (1956); y *We, Filipinos* (1984). Sobre José Rizal, escribió una biografía referencial, *The First Filipino* (1962), y traducciones de sus novelas que, durante años, serían muy utilizadas.

Lo cierto es que su gran obra intelectual la hace en inglés. Llama sin duda la atención el título antinatural “We, Filipinos”, traducción del *tayo* tagalo (aunque se trata de una colección de textos póstumos). En cuanto a Rizal, es artífice de versiones escolares de sus grandes obras al inglés (ese aspecto al que condenaba la pérdida del español, que fue resaltado por Claro Recto con el descalificativo de “traducciones bastardas”). En español se le atribuye una obra titulada “Las dos muertes del general Aguinaldo”, que es en verdad un discurso pronunciado en Madrid en febrero de 1964 en memoria del fallecimiento de Aguinaldo, y una colección de ensayos.

En cualquier caso, es un político, y sabe muy bien argumentar. Se felicita cuando se modifica la fecha de celebración de la independencia de Filipinas, haciendo honor a los revolucionarios katipuneros. Así lo expresa en su colección de ensayos en español *El sí y el no*, obra galardonada con el Premio Zóbel en 1963:

Era preciso, pues, hacer justicia, y es lo que hoy se hace. Filipinas, nacida de España, se declaró independiente y se emancipó de ella cuando creyó haber llegado a la mayoría de edad; pero habiendo conseguido dejar la casa familiar, se encontró convertida en aprendiz y pupilo en casa de otro. Hoy día Filipinas debe pues querer a Norteamérica como se quiere a un buen maestro y patrono. Pero a España, simplemente, como madre (Guerrero, 1963: 13).

Al igual que Rómulo, hace un somero repaso de la situación en la que se encuentra la literatura hispanofilipina, señalando, también de forma lacónica, que “*ya solo quedan unos cuantos*”. Desafortunadamente lo cierto es que tanto él, como Rómulo, podrían haber hecho mucho más para solucionar esa situación, en lugar de lamentar la ruina cultural al tiempo que escribían sus principales obras en inglés:

Cabe decir que Rizal, como escritor, tiene más presencia en España que en su propia patria, donde las nuevas generaciones sólo le conocen al través de traducciones más o menos bastardas. Lo previó don Claro Recto en una de las magistrales conferencias que la muerte le impidió pronunciar en este mismo salón de actos: «Cuando los hombres de mi generación hayan pasado —escribía—, la última batalla se habrá perdido, si Dios y los hombres no lo remedian». Y sin remedio están pasando Recto y Manuel Bernabé; y antes de ellos, aquella pléyade de poetas y ensayistas que se llamaron Cecilio Apóstol, Fernando M.<sup>a</sup> Guerrero, Jesús Balmori, Rafael Palma, Macario Adriático, Pedro Aunario... Ya sólo quedan unos cuantos, mudos en un creciente aislamiento, como los Delgado, los Cuenco, Jaime de Veyra, Camilo Osías, Jorge Bocobo, y entre los más jóvenes, un Zaragoza, un Molina, un Zacarías (Guerrero, 1963: 20-21).

En fin, se trata de un personaje versado en la mejor prosa española, con conocimientos de la tradición cultural filipina e hispánica que, sin embargo, emplea sus esfuerzos en hacer carrera política, en inglés. Su perfil de político filipino e intelectual en lengua inglesa es lo que a día de hoy le ha reservado un lugar destacado en la cultura mo-



derna del país<sup>11</sup>. Mientras que su obra en español resulta una anécdota, igual de anecdótica que la obra española de Rómulo, ambos conocían muy bien de qué tradición venían, y emplean sus máximas (en español) para legitimarse (en inglés):

Ningún hombre por sí solo, por popular que sea, por superdotado, poderoso, dedicado o sincero, ninguno, ni aún el mismo Rizal, puede salvarnos de las consecuencias de nuestro atolondramiento, prodigalidad, egoísmo e indolencia. Ese era el verdadero evangelio de Rizal para nuestro pueblo: el hombre es y debe ser libre, libre para salvarse o condenarse. En la conclusión de sus novelas gemelas, en lo que indudablemente quiso que fuese el gran resumen de su pensamiento y experiencia políticos, Rizal pone en boca del virtuoso padre Florentino un juicio de severa condenación, que era al propio tiempo una apelación a nuestros más nobles sentimientos: «[...] ¿a qué darles libertad? ¡Con España y sin España serían siempre los mismos, y acaso, acaso peores! ¿A qué la independencia si los esclavos de hoy serán los tiranos de mañana? Y ¡lo serán sin duda, porque ama la tiranía quien se somete a ella!» (Guerrero, 1963: 38-39).

La pregunta por lo tanto es: ¿por qué escribieron en español? Y la respuesta resulta evidente: el español seguía siendo necesario para legitimar la carrera intelectual de cualquier escritor filipino. Cualquiera que se valiese, debía seguir la tradición de los Rizal, Mabini, Palma o Apóstol, y dejar constancia, aunque fuera sólo en un ensayo o en un discurso, de su pensamiento en español. El español era el alma filipina, al menos el alma de los prohombres, nacionalistas y padres de la patria, y cualquiera que se llamase filipino debía conocerlo, aunque fuera para darle el certificado de defunción, como muchos hicieron a lo largo de todas estas décadas.

#### 4.1.3. José María Delgado

José María Delgado Salcedo nació el 20 de junio de 1887 en Malolos, provincia de Bulacán, falleciendo el 24 de diciembre de 1978, a la edad de 91 años (Delgado y Delgado (eds), 1987: 139-144). Formado en el Ateneo y en la Universidad de Santo Tomás en Derecho y Medicina, y contemporáneo de los grandes autores filipinos, su actividad comenzó a manifestarse sobre todo después de la guerra. Hispanohablante, hispanista e hispanófilo por encima de todas las cosas, asumió como responsabilidad propia el mantenimiento del español después de 1945. Y, junto a la lengua española, una visión de la modernidad filipina que no podía acontecer renunciando a los valores tradicionales, el catolicismo y el respeto a la herencia de los mayores.

Como Rómulo y León Guerrero, José María Delgado también tiene en su haber una excepcional carrera política y diplomática. Fue el primer embajador de Filipinas ante la Santa Sede (1957), y ocupó cargos de gran importancia en el mundo académico y administrativo filipino. Sin embargo, para obtener tales logros no tuvo que renunciar a la conciencia de que Filipinas debía seguir siendo una nación hispanohablante, asentada en los valores cristianos. Su labor por lo tanto fue la de orientar a la juventud del país hacia tales valores. Así inicia su famoso discurso de apertura del «Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas», en la fecha célebre de octubre del año 1950:

El movimiento que inicia en Filipinas el presente Congreso de Hispanistas, bajo los más prometedores auspicios, tiene todos los caracteres de un verdadero renacimiento, pues tiende no solo a conservar el uso del idioma español, a conservar la literatura e historia hispánicas, a mantener intacta e incólume la cultura y civilización cristianas que es a la que montan las españolas, sino además a difundirlas y mejorarlas, adaptándolas a las vicisitudes, cambios y exigencias de los tiempos modernos con miras a robustecer y afianzar nuestras relaciones con las naciones de dentro y fuera de la órbita de la Hispanidad (Delgado, 1966: 182).

*Fe y Patria. Discursos, conferencias y artículos*, cuidada obra de más de trescientas páginas, fue una iniciativa familiar para conmemorar el 80 aniversario del autor en 1966. No obstante, es una publicación personal, donde no interviene ninguna editorial, lo que nos indica dos cosas: primero, la probable apatía de las editoriales filipinas por publicar obras en español; segundo, la probable desaparición de todos estos materiales si la familia no hubiera publicado la obra. Son por lo tanto textos escritos mucho antes de 1966, alguno en 1922, textos que compendian toda una vida, aunque la gran mayoría son posteriores a la guerra mundial.

Para José María Delgado, no existen ni “un puñado” ni “unos cuantos” que todavía escriben en Filipinas en español, sino todo lo contrario, un verdadero “renacimiento”, una agitación e inquietud por renovar la expresión hispánica, que contrasta poderosamente con las lacónicas afirmaciones de Rómulo y León Guerrero:

En lo que llevamos de siglo no se ha observado jamás en Filipinas un movimiento tan consciente y decidido en pro del español como el que ahora se nota en todo desde hace más de seis años. En esta última década hemos presenciado la aparición de varias asociaciones hispanistas como Núcleo de Hispanidad, Peña Hispano-Filipina, Academia Hispánica de Filipinas, Federación de Maestros de Español, Instituto de la Lengua Española, Instituto

<sup>11</sup> La publicación de su reciente biografía fue todo un acontecimiento en Manila: *LMG: The León María Guerrero Anthology*, Manila, Guerrero Publishing Inc., 2010, obra que se vendía al precio de dos mil pesos, el sueldo mensual de una criada filipina en la gran ciudad.

de Cultura Hispano-Filipina; la celebración del Primero y Segundo Congreso de Hispanistas y varios concursos literarios y poéticos y otras de menor importancia [...] Ello encuentra su explicación en el resultado natural de la larga convivencia de cerca de cuatro siglos, durante los cuales la civilización española se ha ido infiltrando en el alma oriental de los filipinos, moldeándola y plasmándola en el troquel netamente español, sirviéndose para esta tarea cultural de dos factores los más eficientes y duraderos: la religión y la lengua (Delgado, 1966: 211-213).

No es necesario hacer la lista de las numerosas iniciativas que tuvieron lugar en estas décadas a favor de un renacimiento hispánico en el país, pues el propio Delgado las enumera en sus escritos. Y crea además la «Solidaridad Filipino-Hispana» en 1962, seguramente la institución más valiosa y activa de todas las existentes (cuya historia pormenorizada está esperando ser escrita):

Era necesario que los hispanistas filipinos creasen un organismo que, teniendo en cuenta la historia de sociedades similares que ya han desaparecido, se fundase sobre bases sólidas y dirigiese sus objetivos a tratar de obtener resultados prácticos y para ello se creó, el día 30 de abril de 1962, SOLIDARIDAD FILIPINO-HISPANA.

La idea de fundar esta sociedad se originó hace ya tiempo, pero, por diversas circunstancias, no tuvo efectividad hasta la fecha mencionada, cuando bajo la presidencia del Dr. José María Delgado, se celebró una reunión de distinguidos hispanistas y se acordó la formación de SOLIDARIDAD, con los siguientes propósitos y actividades (Pérez-Lizano, 1963: 2)

El texto fundacional lo firmaron José María Delgado, Óscar Ledesma, Agustín Pérez-Lizano, Francisco Delgado, Miguel Cuenco, Vicente Araneta, Alfonso Félix, Pedro Sabido, Antonio Molina, Antonio Delgado, Benjamín Barrera y Jesús Tan. Por los cargos de sus miembros —senadores, magistrados y embajadores, aparte de decanos y académicos— se desprende la importancia a nivel nacional de esta asociación.

En cuanto a Delgado, la gran mayoría de sus discursos, ensayos y artículos, están redactados en español, y sólo textos menores, o traducciones, están en inglés. Es, ante todo, un escritor que hereda la literatura nacional filipina, escrita naturalmente en español, y sigue componiendo en esta lengua, a pesar de que quizá en inglés hubiera sido más escuchado.

En la actualidad es sobre todo recordado como embajador filipino, y su obra escrita es prácticamente ignorada, de no ser por los esfuerzos familiares dirigidos a restaurarlo como intelectual necesario en la cimentación moderna filipina. No obstante, nadie de su numerosa prole siguió su carrera hispanista, aunque todos hicieron muy buenas carreras en diferentes profesiones, un hijo como embajador ante la Santa Sede, y otro como doctor en medicina, fundador del célebre hospital Delgado de Quezon City. Ése fue el porvenir —profesional— de Filipinas:

Pensad en el porvenir de nuestra Filipinas. Y el porvenir de Filipinas nos señala no solo los pueblos del Oriente, sino también los de allende el Pacífico, tanto los de la vasta región del Norte, como los de las encumbradas montañas y dilatadas florestas del Centro y Sur del Continente americano donde viven y florecen veintitantas naciones hermanas nuestras en religión, historia, cultura y lengua [...] Dedicad, pues, jóvenes, al estudio del español que no es menos universal y útil que el inglés para vuestro provecho propio y para el bien, gloria y progreso de nuestra Patria querida (Delgado, 1966: 220-221).

## 4.2. Autores de limitada repercusión nacional

### 4.2.1. Nilda Guerrero

Nilda Guerrero Entrala, hija de Fernando María y hermana de Evangelina, nieta de Francisco de Paula Entrala, esposa de Vicente Barranco, nació en el barrio de Ermita, como muchos de los miembros de la familia Guerrero. Terminó la secundaria en 1925 en el Centro Escolar, y fue toda su vida funcionaria pública.

Con Nilda Guerrero de Barranco podemos comenzar una categoría de escritores que se diferencia notablemente de la anterior, la cual estaba formada por políticos y diplomáticos que tuvieron un papel destacable en la historia moderna del país. Nilda, como León María, pertenece a la ilustre familia Guerrero (son primos segundos); el español es la lengua doméstica, entrañable del hogar. Se trata de unpreciado bien, la seña de identidad de los Guerrero, la lengua con la cual expresar la intimidad. Nilda compone en una prosa que ella misma califica de lírica, y que, estéticamente, tiene un sentido en el desarrollo natural de la estética literaria que había heredado. Supone una transición natural desde el postrer modernismo de su padre Fernando María a, quizás, un postmodernismo a lo Juana de Ibarbourou:

Pasó por mi vera el fantasma de mi infancia y sus ilusiones. Las lozanas y albas flores de mi jardín primaveral se han ido amustiando bajo el hálito ardiente de los años y sus pétalos, deshojándose uno a uno como frívolas quimeras, van alfombrando con su gualda hojarasca de recuerdos mi triste y desolada vía. ¡Niñez, época alegre de mi vida! ¡Ah, qué no daría yo por un instante de aquella vida! De aquellas horas risueñas sólo los recuerdos quedan, recuerdos que son como los dulces ensueños de mi ayer a las acibaradas nostalgias de mi tétrico presente (Guerrero Barranco, 1968: 4-5).

La colección de prosa *Nostalgias*, publicada en 1968 gracias al patrocinio de Ediciones Fil-Hispanas, muestra que, para esta época, ya comenzaba a ser bastante difícil para un filipino encontrar editoriales que publicasen obras en español. Debía ser a través de editoriales comprometidas y casi creadas *ad hoc* donde se podía dar salida a las obras en castellano. Las editoriales filipinas empezaron a publicar directamente en inglés, y muy pocas se arriesgaban a las difíciles ventas de los libros en español. Las obras en español, el patrimonio de todo un país, acababan yendo al baúl de los recuerdos:

En el rincón más íntimo de mi sombría alcoba donde apenas consiguen filtrarse los áureos dardos del astro matutino por los pesados brocados que ornán el marco de mi ventana, hay un viejo baúl de alcanfor primorosamente labrado cuyo oscuro barniz ya ha perdido con los años su prístino lustre. Es un mueble viejo, arca santa donde reposan mis queridos recuerdos: mi pequeño mundo sentimental (Guerrero Barranco, 1968: 4-5).

Junto a la prosa lírica, Nilda es una de las mejores cuentistas de la historia literaria del país, sin duda a la espera de ser restaurada en el puesto que le corresponde. Su opción lingüística la lastró irremediablemente, y en ella sin duda se puede ejemplificar la ruina de la literatura hispanofilipina, de nacional a marginal. Junto a su colección de cuentos *El gato negro* (Manila, Universidad de Santo Tomás, 1984), en *Nostalgias* también se recogen numerosos relatos, como “El retorno”, cuyo lirismo es sobrecogedor:

Dos almas, en el despertar a una nueva alborada, se fundían en el íntimo deliquio de un abrazo y la sortija nupcial en la mano fina de albura lirial, al recoger el postrer vivo resplandor del fugitivo crepúsculo, se irisó como dos corazones encendidos (Guerrero Barranco, 1968: 76).

Finalmente, hay que destacar algunas reflexiones y pequeños ensayos que muestran a una escritora consciente del contexto literario de la época, y de las consecuencias, funestas para su obra, que la expresión en español representa. Apela de nuevo a esa juventud filipina, pues el futuro de la nación está comprometido:

He notado con gran pesar que muchos de nuestros estudiantes aprenden el español sólo porque tienen que hacerlo para cumplir con los requisitos de la Ley N.º 1881, y lo hacen sin interés, a regañadientes [...] Es mi humilde parecer que esta manera de raciocinar es propia de personas analfabetas e incultas y no de gente ilustrada, progresiva y ancha de criterio, como son o deberían ser nuestros estudiantes y, por ende, todos los filipinos [...] Apelo, pues, encarecidamente a todos los filipinos que están cursando esta hermosa lengua a que pongan más afán y cariño, más tesón y mayor brío en sus estudios, para que nuestra adorada Patria pueda vanagloriarse de tener hijos cultos que sean su orgullo, su honra y su gloria, pues, querámoslo o no, el español vivirá siempre con nosotros y España tendrá su rincón en nuestro suelo, si no en nuestras venas, en nuestras costumbres, en nuestra cultura, en nuestra fe, y en las cosas imperecederas de este país como en nuestra historia y en el alma filipina (Guerrero Barranco, 1968: 234-239).

Nilda escribió también poesía, en inglés la colección *Inspiration* (1981), y en castellano el poemario *Capullos* (1982). Junto a la colección de biografías que cierra el volumen de *Nostalgias* (con título *Siluetas. Reseñas biográficas*), hacen de la obra de Nilda un verdadero tesoro que está esperando ser recuperado.

#### 4.2.2. *Francisco Zaragoza*

Francisco Zaragoza Carrillo, nacido en el barrio manileño de Quiapo el 29 de enero de 1911, y fallecido en 1990, es uno de los autores que mejor ha resistido el olvido general en el que ha caído la mayoría de los autores y las obras escritas en español durante este periodo. Periodista, poeta, ensayista, crítico y corrector de estilo, representa un modelo literario, quizá, el más genuino y representativo de esta Edad de Plata: un formalismo extravagante, entre romántico, modernista y decadentista. Veamos un primer ejemplo en su poema de juventud “Elegía de la vida”:

¡Cuántas veces, el pecho devorado  
por un febril afán he convertido  
mi vista a mi nostálgico pasado:  
igual que el ave que perdió su nido!...  
Y, ¡cuántas, en mi lóbrego aislamiento,  
he sentido una víbora enroscada  
que me hacía sangrar el pensamiento  
como en una frenética emboscada!...

A merced de las leyes del Destino  
¿dónde plantar mi vacilante anhelo  
que no lo tronche el fiero torbellino  
ni los hoscas relámpagos del cielo?

(Zaragoza, 1929: 175)

Sin embargo, es necesario anotar que su primer poemario, *Emocionario*, se subtitula “Versos de adolescencia”, y Zaragoza justifica ante todo que es obra de 1929, poemas de juventud, escritos en una época donde existían grandes poetas. Él era entonces tan sólo un muchacho que comenzaba a componer, y comenzaba a trabajar en la prensa, incluso con sus propios rotativos. Quizá por este motivo también Zaragoza sobresale como autor representativo de este periodo y de los pocos cuyo nombre la historiografía cita, como epígono del formalismo, o decadentismo, al que se abocaba la escritura en español. Vayamos a otro ejemplo, “Hipnosis de leyenda”:

Me basta, en mi hipnosis de leyenda,  
en las que el gesto esquiva lo que asombra,  
competir con el árbol de la senda  
que oferta las piedades de su sombra.

Tener en un rincón del universo,  
por signo de la tierra milenaria,  
brasa para la mirra de mi verso  
y óleo, para la unción de mi plegaria.

Un poco de quietud. Que dé el empeño  
de troquelar mi lírica inconsciente.  
Un harapo de sol para mi ensueño  
y un harapo de sol para mi existencia.

Un silencio hierático. Que sea  
salterio de cristal para el oído.  
Para el cansancio del cerebro, idea.  
Para el fracaso de las alas, nido.

Un arroyuelo de bruñida plata  
con ansias de alabastro y de armonía:  
en la alta noche, estrella y serenata,  
y néctar en la sed del mediodía.

Un retiro de paz anacoreta  
y un pedazo de azul conmigo mismo:  
para saciar mis hambres de poeta  
y a solas dialogar con el abismo.

La ciencia está en dignificar la vida.  
Marcar en la jornada nuevas huellas.  
Y, por única lámpara encendida,  
tener la blanca luz de las estrellas.

(Barcelón y Zaragoza, 1964: 30-33)

Quizá por poemas como éste Zaragoza se destacó entre sus contemporáneos, también por su bibliofilia y magisterio, por ser, como Delgado, amante exacerbado de la tradición hispánica, del quijotismo y la mística, de la rima consonante y el serventesio o, simplemente, por las estrofas de métrica tradicional. Lo cierto es que su primer poemario se publicó mucho después, y el segundo ni siquiera se publicó. En efecto, *Castalia íntima* tendría que haber merecido una cuidada edición, pero nosotros sólo hemos encontrado una copia mecanoscrita en la Biblioteca general de la Universidad de Filipinas. Aún así, Zaragoza es un icono de esta Edad de Plata, icono para la poca crítica que operó en el periodo y los pocos autores que continuaron escribiendo, icono para una literatura acrónima, solipsista, que comenzaba a desnaturalizarse de su tiempo y su contexto para constituirse en una producción heterodoxa. Para reivindicar que la expresión hispánica podía tener lugar en la modernidad filipina, Zaragoza canta al máximo de los valedores modernos, Claro M. Recto:

Tu gloria en el combate te acrecienta.  
Y, olímpico, y audaz, y turbulento,  
Te elevas sojuzgando toda afrenta  
En un providencial advenimiento.

Inútil es que con tenaz empeño  
Quiera el protervo mesurar tu altura.  
El mayor triunfo para ti es pequeño  
Como ante el sol la luz resulta oscura.

Tu abolengo imperial llevas escrito  
 En la altivez de tu apolínea idea:  
 —eclipse que traspasa el infinito.  
 Parábola de luz que centellea.

[...]

¿Qué ignición, qué pindárico estallido  
 Ha de engendrar tu verbo crepitante?  
 El pueblo entero es un inmenso oído  
 Que ha concentrado en ti su fe expectante,  
 Como un nuevo Mesías prometido.

(Barcelón y Zaragoza, 1964: 65-69)

Lo cierto es que la poética de Zaragoza no le parecería tan ajena a, por ejemplo, alguno de los novísimos españoles, por el decadentismo, el culteranismo, y el sentido transcendente. Sin embargo, la forma no parece ir más allá de un postmodernismo con demasiada adjetivación esteticista. No obstante, el análisis detallado de su poesía, y su comparación con otros autores hispánicos y filipinos coetáneos, daría sin duda mejores claves para interpretar si se trata de un epígono, o un eslabón de algo más elaborado<sup>12</sup>. Por lo demás, fue también autor de dos voluminosos ensayos en prosa: *Vicente Ilustre, El Isagani de Rizal* (1953), y *Marella, la inquietud romántica de la revolución* (1954).

#### 4.2.3. Emeterio Barcelón

Emeterio Barcelón y Barceló-Soriano nació en el barrio manileño de Santa Cruz en 1897, y falleció en 1978. Destaca sobre todo por su papel administrativo, haber sido el director de la Academia filipina y por algunos ensayos y poesías dispersas. Sus obras en volumen son *Un tagalo escribe en español*, que ganó el Premio Zóbel de 1959 (y cuyo texto no hemos podido encontrar en ninguna biblioteca ni fondo privado), y *Rimas Filipinas* (1964), recopilación de poemas junto a Francisco Zaragoza (al alimón, lo que hace difícil identificar al autor de los textos a menos que se conozcan de antemano).

Se trata de un personaje que podría haber producido seguramente mucho más, pues poseía un gran bagaje cultural y una magnífica biblioteca. Lo cierto es que muchos de estos autores no destacan por ser prolíficos, a pesar de poseer numerosas lecturas, sin duda todas las propiamente filipinas, desde Rizal a Mabini. A ello no ayudaban los escasos medios de difusión existentes, revistas, prensa o editoriales, que cerraron muchas veces las puertas a obras en español. El desánimo del autor era connatural a la marginación cultural que experimentaba la producción hispánica en Filipinas, y la recepción cada vez era menor, cada vez había menos potenciales lectores de esa producción.

En el caso de Barcelón hay que señalar también la temática de su producción, quizá demasiado insistente en temas religiosos, como su famoso “Himno Eucarístico”:

¡Gloria a Jesús que se encierra  
 en la hostia de bendición!  
 ¡Postraos, cielos y tierra,  
 en rendida adoración!

Venid, pueblos del Oriente,  
 naciones todas, venid;  
 y, en abrazo de fe ardiente,  
 a Dios Hostia bendecid.

Hace ya cuatro centurias  
 que esta tierra filipina  
 se nutre de la doctrina  
 de Cristo, divina Luz.

Pueblo amante de María,  
 antes que sus montes de oro,  
 forman su rico tesoro  
 los tesoros de la cruz.

(Barcelón y Zaragoza, 1964: 117-118)

Tuvimos ocasión de encontrar, entre las páginas de los libros en español que han acabado vendiéndose en librerías de viejo en Manila, un papel suelto firmado del puño y letra de Emeterio Barcelón, dirigido a José María Delgado,

<sup>12</sup> Posiblemente Guillermo Gómez Rivera y Federico Espino Licsi son sus continuadores directos, y señalan una tendencia, si se quiere neobarroca, de mayores proporciones a las consideradas actualmente. No hay que olvidar la singular y coetánea obra en inglés de Nick Joaquín, y su “barroco tropical”.

fechado el 20 de octubre de 1964, y en el que se adjuntaba una curiosa poesía. Se trataba, nada más y nada menos, de un soneto filipino a la gloria del César norteamericano Douglas MacArthur. Este *pastiche* literario, y cultural, nos habla del delicado momento en que se encontraba la creación filipina, cuando sus líderes intelectuales, como todo un Emeterio Barcelón, componían versos eucarísticos y hacían de MacArthur un hidalgo castellano:

Con las manos de Lincoln, Washington  
y otros héroes, que son gloria humana,  
dijérase que el alma soberana  
de MacArthur, Dios la hizo en distinción.

Un filipino fue por adopción  
Filipinas de tal honor se ufana;  
que si nació en tierra americana,  
era nuestro su noble corazón.

Douglas MacArthur hijo predilecto  
de Filipinas, redentor y guía:  
¡Por siempre vivirás en nuestro afecto!

Pues fuiste encarnación de la hidalguía  
inspírale hoy a tu país dilecto  
orientación en su espinosa vía<sup>13</sup>.

En cualquier caso, Barcelón es otro autor que necesita ser reconstituido íntegramente, en su faceta institucional, y en la obra dispersa que está esperando ser recopilada y estudiada. Sólo de ese modo sabremos la dimensión real del personaje, y de esa literatura filipina que pasaba de los solimanes tagalos al hidalgo norteamericano, del azul rubeniano al soneto castellano, en una extraña operación que tenía todos los visos de ser un suicidio literario.

#### 4.2.4. *Fernando de la Concepción*

Fernando de la Concepción González nació en San Carlos, provincia de Pangasinán, el 16 de agosto de 1919. Se formó en San Juan de Letrán y trabajó en su juventud como periodista de la mano de Fernando María Guerrero. Se trata de un autor de perfil lírico que compone exclusivamente en español. Al igual que Francisco Zaragoza, por su potencial hay que entender que, de haber persistido la importancia de la literatura filipina en español, sería hoy considerado uno de sus mejores literatos modernos. Dadas las circunstancias, en la actualidad es un completo desconocido para el canon literario filipino.

Como la crítica literaria desfalleció al mismo ritmo que la publicación de obras, de la Concepción no ha merecido, que sepamos, ningún estudio específico, como casi todos los autores que mencionamos en esta sección. No obstante, creemos que se trata de un poeta de altos vuelos, formalista e intimista, que podría entrar dentro de esa tendencia posterior al modernismo en los primeros Vallejo o Neruda. Veamos un ejemplo en el poema “Cuesta arriba...”:

¡Andar y andar! Camino de la Cumbre.  
De la carne obstinada e inconfesa  
Arrastrando la lútea pesadumbre  
Que en la cruz feble de mis hombros pesa.

Ir cuesta arriba en ascensión obsesa,  
Al eco de mis cánticos contritos:  
Redimir de la arcilla el alma presa  
Con su fardo de ensueños infinitos.

Presentir en mi espíritu el destino  
Celeste que en la frente al polvo sella;  
Vivir entre lo humano y lo divino,  
¡Suspendido entre el lodo y una estrella!

Ver cual germina en temblorosa mies  
La inquietud pensativa de mis rastros;  
Oír rumbos de ríos a mis pies,  
¡Y en la frente, tranquilo vuelo de astros!

(Concepción, 1973: 11-12)

<sup>13</sup> Emeterio Barcelón, “Papel suelto en carta personal enviada a José María Delgado”, 20 de octubre de 1964. De nuestra biblioteca particular.

*Cumbre y Abismo* es seguramente uno de los poemarios más significativos del periodo, a pesar de seguir anclado en una métrica clásica que ya tenía poco que ver con los experimentos que se realizaban tanto en tagalo como en inglés. Mientras que la estética operada en otras literaturas filipinas seguía evolucionando, la poesía hispano-filipina podía llegar a excederse en un formalismo extraño para la época. Al menos el título de este poema sí es vanguardista, “¡ !”:

Como doliente grito  
Lanzado al infinito,  
Esta voz de ansiedad;  
Que del arcano indague  
La respuesta que apague  
¡Mi sed de eternidad!

¡Sed! Afán de lo ignoto,  
Visión de algo remoto  
Perdido en el confín.  
¡Sed de azul! ¡Sed de cielo!  
¡Y una angustia de vuelo  
Y un esperar sin fin!

(Concepción, 1973: 25)

Ahondando un poco más, su musicalidad poética armoniza quizá demasiado con los clásicos románticos, como la becqueriana “Aquella canción”, que recuerda mucho a la rima LXXIII: “Cerraron sus ojos/ que aún tenía abiertos,/ taparon su cara/ con un blanco lienzo...”:

Sombrío era el cielo, la tarde callada,  
Una honda tristeza en el corazón;  
Caían las gotas en mansa rociada...  
Llovía... el rumor era de oración.

Piaban las aves con luctuoso acento,  
Buscando refugio en algún balcón;  
Se oía el gemido del gélido viento...  
Lloraba... y sus quejas eran de oración.

Mas la voz amada que el llanto prendía  
Al brotar temblando de íntima emoción,  
Un canto de amores callados decía...  
Pero fue muy triste, triste su canción.

El alma a mis labios brotar pretendía,  
En una sublime, tierna confesión;  
Y en aquella tarde, (la lluvia caía...)  
—¡Te quiero!— ¡el rumor era de oración!

(Concepción, 1973: 55-56)

Estos pecados formalistas, y una temática redundante, en algunas ocasiones propia de la época, como la excesiva mención a España, lastran sin duda su ejercicio poético, y no parece que después de *Cumbre y Abismo*, de la Concepción haya realizado ningún otro trabajo de envergadura. Desafortunadamente, pues la tendencia prometía un desarrollo valioso para la necesitada literatura filipina en castellano. Citamos su poema “A España”:

Y pues, Señora, fuiste el hada buena  
Que ungiera con el óleo del verso  
De mi alma indígena la sien morena;  
Y pues me dieras en mi afán y esfuerzo,  
Al pecho aliento, a las ideas lumbre,  
Y alas para escalar la altiva cumbre;  
Porque en patrios anhelos y en amores  
En que alienta el malayo corazón,  
Hispano acento tienen mis fervores,

Fervor hispano tiene mi pasión;  
 Qué no diera por ti, Señora mía,  
 Si al darme el dulce ritmo de tu voz,  
 A mis estrofas diste la armonía  
 ¡Y lengua a mi alma para hablar a Dios!

(Concepción, 1973: 69)

Qué podían hacer los poetas filipinos, si habían perdido la lengua, y la recepción. Frente a un mundo sordo, cacofónico, malversado por la intervención anglosajona y la perpetuación de la diglosia, el poeta filipino era becqueriano, modernista, esteticista, tal vez saturnal, quimérico, quijotesco, una poesía decadentista del que lo ha perdido ya todo. Así se expresa en el poema “Saturnal”:

Arde el salón en fúlgidos destellos:  
 Música, luz, risa, placer comprado...  
 Histerismo que oculta en tules bellos  
 El hervor de un sepulcro blanqueado...

Jardín donde las flores del pecado  
 Brotan al riego del champagne hirviente,  
 Y es el hombre insaciable enamorado,  
 Fruta el deseo, la mujer serpiente.

Fingiendo alocado de placeres  
 Que desborda el vapor del vino fuerte;  
 Sed, fiebre, locura, ¡hombres y mujeres  
 Buscan la vida en brazos de la muerte!

(Concepción, 1973: 79)

#### 4.2.5. Federico Espino Licsi

De este modo llegamos al autor seguramente más singular de todo el periodo, Federico Espino Licsi. Nacido en la ciudad de Pásig el 10 de abril de 1939, murió en un centro de reclusión psiquiátrica el 20 de abril del año 2011. Seguramente Licsi fue el autor que mejor entendió el momento de delirio en el que había entrado la creación filipina en español, quien supo percibir mejor esa decadentista locura, quien abandonó los solimanes, los sonetos, y el baúl de los recuerdos becquerianos. Debía ser alguien venido de fuera, un filipino cuya lengua materna ya no era el español, un verdadero símbolo del cambio de los tiempos. En efecto, hasta el momento los autores hispanofilipinos eran, casi exclusivamente, hispanohablantes de primera o segunda lengua. Federico Espino Licsi era tagalohablante, había aprendido el inglés y el español en la escuela. Por propia voluntad reforzó el castellano de forma autodidáctica, junto a maestros como Guillermo Gómez Rivera.

Espino Licsi comenzó a componer en inglés y tagalo, y con sus éxitos como poeta, decide convertirse en el primer autor multilingüe filipino (Ortuño, 2016). Dada su procedencia, la estética que emplea no se adhiere a una tradición que se desea pétreo, sino todo lo contrario, Licsi revoluciona la esfera de la expresión filipina en español. Veamos “Desnuda bajando por la escalera”:

Paso a paso desciende la desnuda...  
 La escalera, xilófono inclinado  
 con teclas de madera, emite música,  
 la que hacen sus pies con tanta soltura,  
 pies limpios, sonrosados y descalzos  
 que tocan una fuga...  
 Verla bajando, llena de hermosura  
 es recordar los mitos del pasado  
 que viven en poemas, lienzos, cantos,  
 sonatas, esculturas...  
 ¡Verla bajar, desnuda!

(Espino, 1970: 16)

Licsi compuso de una manera feroz, visceral, con poemarios prácticamente cada año, y en diferentes lenguas, a veces monolingües, pero muchas veces políglotas. Lo cierto es que la década de los setenta es la época de este *enfant terrible* de la literatura filipina que, por primera vez, unifica las tres tradiciones literarias, tagala, española e inglesa. El desfase que estaba sufriendo la literatura hispanofilipina con respecto a otras literaturas del país se neutraliza con



Licsi, pues en él la acronía desaparece y nos situamos en un estadio equitativo. Tal fue el torbellino cultural que Licsi causó, que ganó varios premios literarios, el Premio de Poesía Ramón de Besterra en España (1977) y el Premio Zóbel (1978). Su obra no dejaba a nadie indiferente, como “Cupido Harapiento”:

Sucia alfombra de periódicos de la última semana  
Caricias de manos rugosas  
sobre cara sin colorete  
pero llena del polvo de la calle

¡Volverán las luciérnagas en tus pupilas!

Besos de dulzor nocturno  
sobre tetas morenas  
Viaje caluroso de dedos  
sin cansancio  
(en oscura romería rumbo al sur)

¡Como una mariposa en la noche, voy a apagar mi sed  
de luces secretas!  
Labios sedientos atravesando  
una núbil geografía  
antes del estallido de las semillas del día

¡Voy a sembrar chispas en tu vientre, amada!<sup>14</sup>

(Espino, 1980: 1)

Haciendo honor a su destino, Federico Espino Licsi pronto empezó a perder verdaderamente el juicio, acabando en un internado permanente, donde estuvo hasta su reciente fallecimiento. Desde hacía muchos años su figura se había perdido de la escena pública. Licsi fue un visionario, un poeta de excepcional valía, cuyo titánico esfuerzo en varias lenguas pudo con la persona. Su legado todavía es reciente, pero es de los autores a los que la historia literaria no puede olvidar.

## 5. Conclusión

Hemos querido delimitar un periodo histórico de la literatura filipina escrita en lengua española que se encontraba prácticamente desatendido, a través de unas claves que puedan ofrecer unidad al conjunto de fenómenos, obras y autores. Por el momento «Edad de Plata» puede ser un concepto operativo que sirva para visibilizar la unidad del periodo, su valía estética, y la importancia histórica de una lengua española que producía, en condiciones poco favorables, una relevante literatura en Asia. Frente a la percepción fatalista que descalifica o ignora la producción en español después de 1945, una significativa actividad institucional, editorial y cultural existía en una república independiente de Asia que tenía el español como una de sus lenguas oficiales. Sólo hace falta ojear las páginas del número 55 de la revista *Mundo Hispánico*, de octubre de 1952, para darse cuenta de que, para esa época, Filipinas seguía siendo, en teoría y en la práctica, un país productor de cultura hispánica.

Basten los autores mencionados para hacerse una idea del valor del periodo, notando que no hemos podido citar a otros muchos: Enrique Fernández Lumba, Encarnación Alzona, José Bantug, Ángel Estrada, Antonio Molina, Joaquín Lim Jaramillo y Enrique Centenera, entre otros. Tampoco hemos realizado reseña de la producción en este periodo de autores como Antonio Abad, Jaime de Veyra y el propio Claro Recto, verdaderos gigantes de la época de esplendor de la literatura hispanofilipina. También ha quedado sin mencionar la labor de Adelina Gurra quien, desde España, dejó muy alto el pabellón filipino al ganar el «Premio de Literatura de la Unión Latina» de 1951 con la colección *Cuentos de Juana*<sup>15</sup>. En fin, otros muchos escritores sepultados en el olvido, en revistas literarias y en publicaciones provinciales. Ni tampoco hemos citado a los jóvenes autores que seguirán componiendo después de 1987, como Guillermo Gómez Rivera y Edmundo Farolán. Todos estos nombres forman un mundo literario en Asia poco atendido, cuya pronta y correcta restauración importa mucho a la Filología Hispánica, tanto como a la propia cultura filipina.

<sup>14</sup> Una declamación del poema por el poeta filipino Edmundo Farolán puede escucharse en <<http://revista.carayanpress.com/cupido.html>>

<sup>15</sup> Adelina Gurra, *Cuentos de Juana. Narraciones malayas de las Islas Filipinas*, edición de Beatriz Álvarez Tardío, ilustraciones de Luis Lasa, Manila, Instituto Cervantes, 2009.

## Obras citadas

- Cultura hispano-filipina: Breve historia de la literatura hispanofilipina*, Manila, Nueva Era Press, 1965.
- Héroes filipinos y escritores filipinos en castellano*, Iloilo, Universidad de San Agustín, 1968.
- Llamas de nacionalismo. A textbook for Spanish 4-N consisting of selected patriotic topics to enhance totally our love for country and encourage appreciation of its culture and traditions*, Quezon City, Reliable Publishing House, 1978.
- Por la Patria. Discursos de Malolos y Poesías Filipinas en Español*, Manila, Departamento de Educación, 1ª ed., 1959, 3ª ed. revisada y aumentada, 1963.
- «Visita a Filipinas del Ministro de Asuntos Exteriores de España», *España. Boletín Informativo*, Manila, Embajada de España, febrero de 1953, núm. 50.
- Agoncillo, Teodoro, *The Fateful Years: Japan's Adventure in the Philippines, 1941-1945*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 2001, 2 vols.
- Alinea, Estanislao, *Historia analítica de la literatura filipinohispana*, Ciudad de Quezon, Imprenta Los Filipinos, 1964.
- Barcelón y Barceló-Soriano, Emeterio y Francisco Zaragoza y Carrillo, *Rimas Filipinas*, Manila, Universidad de Santo Tomás, 1964.
- Barón de Castro, Rodolfo, *La lengua española en Filipinas. Datos acerca de un problema*, Madrid, OEI, 1965.
- Biedma, Jaime Gil de, *En Filipinas. Prosa y Poesía = In the Philippines. Prose and Poetry*, traducción de Alice Sun-Cua, José M.ª Fons Guardiola y Wytan de la Peña, Quezon City, Fundación Vibal, 2016.
- Brillantes, Lourdes, *80 años del Premio Zóbel*, Manila, Instituto Cervantes–Fundación Santiago, 2000.
- Cañellas Mas, Antonio, “Las políticas del Instituto de Cultura Hispánica. 1947-1953”, *Historia Actual Online*, 33 (2014), pp. 77-91.
- Concepción, Fernando de la, *Cumbre y Abismo. Poesías*, Manila, Lawin Publishing House, 1973.
- Cortés, Lelilia, *Un bosquejo histórico de la Academia Filipina*, Madrid, Universidad Complutense, tesis doctoral, 1965.
- Dalmáu, Miguel, *Jaime Gil de Biedma. Retrato de un poeta*, Barcelona, Circe, 2004.
- Delgado, Francisco y Ricardo Delgado (eds.), *Dr. José Ma. Delgado. A Renaissance Man*, Manila, Vera-Reyes, 1987.
- Delgado, José María, *Fe y Patria. Discursos, conferencias y artículos*, Manila, [s. n.], 1966.
- Donoso, Isaac, “La formación de la historiografía literaria filipina”, *Perro Berde*, 1 (2010), pp. 107-111.
- , “Intracomparatismo: El paradigma filipino”, en Pedro Aullón de Haro (ed.), *Metodologías comparatistas y Literatura comparada*, Madrid, Clásicos Dykinson, 2012a, pp. 527-533.
- , “Crónica de Filipinas en la obra de Zoilo Hilario”, *Kritika Kultura*, 20 (2012b), pp. 205-231.
- , “Cuestiones de historiografía literaria filipina”, *Revista Filipina*, I-1 (2013).
- , “Ensayo historiográfico de las letras en Filipinas”, *Transmodernity. Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, 4-1 (2014), pp. 8-23.
- , “Historiografía comparatista de las letras en Filipinas”, en Pedro Aullón de Haro (ed.), *Historiografía y Teoría de la historia del pensamiento, la literatura y al arte*, Madrid, Clásicos Dykinson, 2015a, pp. 689-706.
- , *Ennoblece. Historia de las instituciones de la comunidad española en Filipinas*, Manila, Sociedad Española de Beneficencia, 2015b.
- , “Las literaturas de Filipinas a través de la historia crítica”, *Revista Filipina*, VI-1 (2019).
- Donoso, Isaac y Gallo, Andrea, *Literatura hispanofilipina actual*, Madrid, Verbum, 2011.
- Espino Licsi, Federico, *Ave en Jaula Lírica*, Manila, Ediciones Fil-Hispanas, 1970.
- , *Pararrayos*, Quezon City, Soller Press & Publishing House, Inc., 1980.
- Farolán, Edmundo, *Literatura filipino-hispana: una breve antología*, [s.l.], [s.n.], 1980.
- Glecek, Jr., Lewis E., *The Third Philippine Republic. 1946-1972*, Quezon City, New Day, 1993.
- Gómez Rivera, Guillermo, et al., *La literatura filipina y su relación al nacionalismo filipino. Texto para español*, Manila, [s.n.], 1984.
- Guerrero, León M.ª, *El sí y el no (Estudios Histórico-Sociales). Conferencias y Artículos*, prólogo del Excmo. Sr. D. Manuel Fraga Iribarne, Madrid, Embajada de Filipinas, 1963.
- , *LMG: The León María Guerrero Anthology*, Manila, Guerrero Publishing Inc., 2010.
- Guerrero Barranco, Nilda, *Nostalgias (Prosas)*. Con ilustraciones de Guillermo Gómez Rivera y Benjamín M.ª Guerrero. Prólogo de Enrique Fernández Lumba, Manila, Ediciones Fil-Hispanas, 1968.
- , *El gato negro*, Manila, Universidad de Santo Tomás, 1984.
- Gurrea, Adelina, *Cuentos de Juana. Narraciones malayas de las Islas Filipinas*, edición de Beatriz Álvarez Tardío, ilustraciones de Luis Lasa, Manila, Instituto Cervantes, 2009.
- Hernández Gavira, J., *Vicente Blasco Ibáñez en Manila*, Manila, Times Press, 1924.
- Hilario, Zoilo, *Himnos y Arengas*, Manila, Nueva Era Press, 1968.
- Joaquín, Nick, *Culture and History. Occasional Notes on the Process of Philippine Becoming*, Manila, Solar Publishing Corporation, 1989.
- , *The Woman Who Had Two Navels*, Manila, Bookmark, 2005.
- Jocson, Remigio S., *Florilegio Hispanofilipino (con los Discursos de Malolos)*, Manila, Manlapaz, 1961.
- , *Practical Exercises in Spanish*, Quezon City, Manlapaz Publishing, 1965.

- Jones, Gregg, *Honor in the Dust. Theodore Roosevelt, War in the Philippines and the Rise and Fall of America's Imperial Dream*, Nueva York, Penguin, 2012.
- Karnow, Stanley, *In Our Image: America's Empire in the Philippines*, Nueva York, Random House, 1989.
- Kramer, Paul A., *The Blood of Government. Race, Empire, the United States and the Philippines*, Quezon City, Ateneo de Manila, 2006.
- López de Olaguer, Antonio, *El terror amarillo en Filipinas*, Barcelona, Juventud, 1947.
- Luque Talaván, Miguel, "Como meteoros incandescentes: mensajeros de ciencia y de letras españoles en la Filipinas de principios del siglo XX", *Perro Berde*, 4 (2013), pp. 78-84.
- Mainer, José Carlos, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1987.
- Mariñas Otero, Luis, *La literatura filipina en castellano*, Madrid, Editora Nacional, 1974.
- Marzán Balmadres, Mariano, *Aula de la Fama (Hall of Fame)*, La Trinidad, Solid Offset Press, 1983.
- McMahon, Jennifer M., *Dead Stars. American and Philippine Literary Perspectives on the American Colonization of the Philippines*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 2011.
- Molina, Antonio M., *Historia de Filipinas*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984, 2 vols.
- Ortuño Casanova, Rocío, "Espino Licsi vs. Licsi Espino: cantos a la cultura española desde Filipinas", *Bulletin of Hispanic Studies*, 93 (2016), pp. 63-80.
- , "Embajadores culturales: recepción y trascendencia del viaje de Gerardo Diego a Filipinas en el archipiélago asiático", *Revista de literatura*, LXXX-159 (2018), pp. 223-243.
- Palma, Rafael, *Historia de Filipinas*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 1968-72, 2 vols.
- Peña, Wylan de la, "¿Dónde se encuentran las Letras Fil-Hispánicas en el canon de los estudios literarios filipinos?", *Perro Berde*, 00 (2009), pp. 78-84.
- Pérez-Lizano y Pérez, Agustín, *El Hispanismo en acción en Filipinas. Un año de actividades de "Solidaridad Filipino-Hispana"*, Manila, [s.n.], 1963.
- Quilis, Antonio, *Hispanismos en tagalo*, Madrid, OEI, 1972.
- Rafael, Vicente, *White Love and Other Events in Filipino History*, Durham & Londres, Duke University Press, 2000.
- Recto, Claro Mayo, "La cruzada por el español en Filipinas [1960]", en Isagani R. Medina & Myrna S. Feliciano (eds.), *The Complete Works of Claro M. Recto*, Manila, Claro M. Recto Memorial Foundation, 1990, vol. 9, pp. 723-730.
- Rodao, Florentino, "El español durante la guerra civil: las revistas ideologizadas", en Isaac Donoso (ed.), *Historia cultural de la lengua española en Filipinas: ayer y hoy*, Madrid, Verbum, 2012, pp. 459-509.
- Rómulo, Carlos, *Yo vi la caída de Filipinas*, traducción de José del Río Sainz, Madrid, Atlas, 1945.
- , "Sería una tragedia prescindir del castellano", en *Discursos de Malolos y Poesías Filipinas en Español*, Manila, Buró de la Imprenta Pública, 1965, pp. 18-23.
- , *Filipinas y la cultura española. Conferencia pronunciada en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid el día 10 de noviembre de 1966 por el Excmo. Sr. don Carlos P. Rómulo, Ministro de Educación de Filipinas, y palabras pronunciadas en dicho acto por el Excmo. Sr. don Luis Rosales Camacho, de la Real Academia Española*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1966.
- San Juan Jr., Epifanio, *Writing and National Liberation. Essays on Critical Practice*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 1991.
- Tinio, Rolando, *A Matter of Language. Where English Fails*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 1990.
- Zaragoza, Francisco, *Emocionario. Versos de adolescencia*, Manila, [s. n.], 1929.
- , *Castalia íntima. Poesías*, Manila, [s. n.], 1964.